



## HISTORIA DRAMÁTICA DEL SIGLO XIV.

### I.

ACABABA de subir al trono de Castilla D. Pedro *el Cruel*, hijo de Alfonso Onceno y de Doña María de Portugal, y á instigaciones de su madre, en cuyo pecho dormían violentísimas pasiones que estallaron á la muerte de Alfonso, resolvió quitar la vida á Doña Leonor de Guzman, viuda de D. Juan de Velasco, y que dió al ilustre conquistador de Algeciras cuatro hijos, entre ellos D. Enrique de Trastámara.

Había baile en el palacio del rey, y toda la corte se entregaba á la alegría, cuando una joven penetró en el salón, y se acercó á Doña María cantando:

Yo soy Morisca la loca,  
Y con todo me divierto;

Siempre risueña mi boca,  
Tristes lágrimas no vierto;  
Pues quién llora  
Al lado de mi señora?

Y después exclamó:

—« Qué hermosa estais esta noche, noble madre del rey! pero tampoco estoy yo muy mal, y solo por vos me cambiaría.»

Dicho esto besó la mano á la princesa, hizo una cabriola, y desapareció entre la multitud. Era una criatura muy original y muy linda aquella jóven; pequeña, bien formada, rubia, de ojos muy expresivos, de resuelto ademan y de imaginacion viva y cáustica, cosa muy necesaria en su profesion de *loca*. Porque habeis de saber, amables niños, que en aquellos tiempos los reyes y príncipes tenian á su lado bufones y locos que los divertian con sus chistes y donaires.

Morisca, mientras los demás bailaban, se dió á recorrer el palacio, y de escursion en escursion llegó á un sitio retirado y sombrío, donde solo se oian los perezosos pasos de un centinela. No era la niña muy valiente, y así se disponia á dar media vuelta huyendo como una gacela; pero la curiosidad la dió valor, y se acercó un poco, temblando cual la sensitiva al menor ruido.

Bien pronto distinguió perfectamente á un soldado de ceñudo rostro, que se paseaba por delante de un tapiz encarnado, el cual daba á una sala oscura. Luego que el soldado vió á Morisca, se detubo, puso en tierra la punta de su larga espada, apoyó la mano en el pomo, y aguardó á que la jóven le dirigiese la palabra. La niña se paró tambien, y no sabiendo qué postura tomar, le dijo:

—Hum!... hum!...

Como la pregunta no era muy clara, el soldado miró á la jóven con ojos de admiracion, y entonces aquella prosiguió:

—Señor soldado.... teneis una espada muy bonita.... hum!... hum!... una espada muy bonita.... soberbia....

El soldado miró su espada con la mayor tranquilidad, y la jóven continuó:

—Será muy incómodo estar de centinela; no es verdad, señor soldado?

—No.

—Sin embargo, no es muy alegre esta parte del palacio.

—No.

—No os fastidiáis?

—No.

—No!... no!... qué estúpido es este soldado! pensó Morisca, y luego dijo:

—Sabeis para qué sirve esta sala?

—No, respondió el soldado.



—Se puede entrar en ella?

—No, dijo con rudeza el centinela, y echándose la espada al hombro se puso á pasear de arriba á bajo como si estuviese solo. Morisca, llevada de la curiosidad, fingió retirarse, pero se ocultó en un ángulo de la pared, desde donde podía, sin ser vista, seguir con los ojos todos los movimientos del centinela. Cada vez que este se alejaba del tapiz, avanzaba la jóven protegida por la oscuridad, hasta que aprovechando el momento en que el soldado tenia vuelta la espalda, pasó el umbral de la sala, no sin hacer muecas á aquel cuya vijilancia acababa de burlar.

Mas apenas dirigió una mirada al mal alumbrado salon, arrepintiósse de su temeridad, y un miedo indecible se apoderó de sus facultades, paralizando todos sus miembros, porque la sala en que se hallaba era algo lúgubre y misteriosa. Vasta, y adornada con colgaduras blancas y negras, en la parte llamada el santuario habia seis grandes sillones, forrados de armiño, y otro mucho mayor cubierto de púrpura.

Los tapices blancos y negros representaban los retratos de varios reyes, desde la union del reino de Leon á la corona de Castilla: Fernando I, uno de los reyes mas grandes que ha tenido España; D. Sancho, D. Alfonso y D. García, que disputaron por medio de las armas el derecho de reinar; Doña Urraca, á quien hizo la guerra su esposo por espacio de diez y seis años; Alfonso VII, justiciero, elemento y valeroso; sus tres hijos Sancho III, Alfonso VIII y D. Fernando de Leon, cuyo amor fraternal no se alteró en lo mas mínimo; Enrique I, muerto en Palencia; Doña Berenguela, que abdicó la corona en favor de su hijo; Fernando II, llamado *el Santo*, cuyo cuerpo se venera en la catedral de Sevilla; Alfonso X, á quien la historia ha dado el nombre de *Sabio* con sobrada razon; Sancho IV, llamado *el Bravo*; Fernando IV *el Emplazado*; y por último, Alfonso Onceno, padre de D. Pedro *el Cruel*, y el mas acreedor entre los sucesores de Fernando *el Santo* á la admiracion de la España.

Todos estos retratos, cuyos semblantes nada tenian de risueños, entristecian mas y mas el salon, alumbrado por la mortecina luz de una lámpara pendiente de la bóveda. El silencio era glacial, y Morisca respiraba apenas, paseando en torno suyo miradas inquietas, porque le parecia que las figuras fijaban en ella sus inmóviles y yertas miradas. La lámpara, cuya luz agitaba el viento débilmente, vacilaba como alma conmovida por los remordimientos, y por las altas pero entreabiertas ventanas podia ver Morisca á la ciudad de Sevilla, sepultada en las tinieblas de la noche y el silencio del sueño.

Poco á poco, sin embargo, la niña se familiarizó con tan sombría y taciturna perspectiva, y despojóse su alma de la primera

impresion de terror, conservando únicamente cierta melancolía, comparable al crepúsculo que sucede á la noche.

Entonces Morisca tuvo valor para visitar mas minuciosamente toda la sala, andando lentamente y de puntillas, aplicando el oído con frecuencia, y dispuesta á esconderse en algun rincón al menor ruido. Y como la niña era asaz viva, y estaba harto acostumbrada á la risa para dejarse llevar de los pesares, se hizo atrevida insensiblemente, acercóse á los sillones de armiño, y con la mejor gracia del mundo fué á sentarse en el mas alto, es decir, en el forrado de púrpura.

Ya instalada en aquella especie de solio, sonrióse con orgullo, y murmuró estas palabras, haciendo uns mueca:

—Los locos y las locas son el origen de la felicidad de los pueblos, puesto que divierten á los soberanos y las soberanas: las buenas acciones no son el resultado del contento y la alegría? De consiguiente en realidad todo depende de nosotros; nosotros reinamos, porque si los actos de los príncipes estan subordinados á nuestro humor, es claro que los príncipes son nuestros súbditos.... En una palabra, los reyes dominan á las naciones, los locos dominan á los reyes y á los pueblos, y por lo tanto este sillón me pertenece.

—Teneis razon! dijo allá fuera una voz fuerte que hizo saltar á Morisca de su asiento, sobrecogiéndola terriblemente. Un frio mortal paralizó todos sus miembros, y la pobre reinécita de reyes y de pueblos no sabia cómo componérselas, cuando vió entrar en la sala á dos personajes, aparicion que la dió fuerzas para ocultarse detrás de una cortina.

—Teneis razon, señor, dijo el que tanto habia asustado á Morisca; ya es tiempo de que muera, y si en algo puedo servir á vuestra Alteza, estoy dispuesto á demostraros que de todo soy capaz.

En aquel momento una blanca mano empujó un pico de la cortina, y unos ojos brillantes miraron al que acababa de hablar; pero á poco desaparecieron la blanca mano y los brillantes ojos, y Morisca murmuraba detrás de la cortina:

—Oh! parece un tigre el conde de Molina.

El otro personaje dejó oír entonces su voz, y la niña conoció asustada al rey D. Pedro.

—Harto tiempo, dijo el monarca, ha sufrido mi madre la vergüenza de ser postergada por mi difunto padre; ya no hay estorbos á su venganza, y la concubina de Alfonso Onceno debe morir. Doña Leonor de Guzman conspira, y es preciso deshacerse de ella.

—Qué calumnia! murmuró Morisca; acusar á Doña Leonor, que es tan buena!

—Si vuestra Alteza quiere, dijo el conde, morirán la de Guzman y todos sus amigos.



—Malvado! dijo una voz semejante á un gemido.

—Quién habla? preguntó el rey con enfado.

—Será el eco, dijo el conde; y prosiguió:

—La muerte de esa mujer es un acto de justicia, porque así se acallarán las pretensiones de sus hijos, que aspiran á quitarnos la corona.

—Qué es lo que dices? dijo D. Pedro con una voz que resonó como un trueno por la vasta sala; mi brazo derramará torrentes de sangre, y las cabezas de esos bastardos caerán cortadas por la cuchilla del verdugo!

Luego bajó la voz, y dijo:

—Molina, mañana enviaremos una orden al gobernador Don Tello para que dé muerte en secreto á la rival de mi madre; busca un correo de confianza, y no dudes que tu rey te premiará generosamente.

—Señor, dijo el conde con fingida hipocresía; mi único anhelo es servir á vuestra Alteza, librándole de los riesgos que le amenazan.

—Hipócrita! repuso una voz dulce.

Era Morisca, que por segunda vez se dejaba llevar de su exaltación.

—Esta sala tiene un eco, dijo el rey, y miró en torno suyo con desconfianza; pero como no viese nada, ambos salieron del salon cuando daba la una, dirigiéndose á la sala de baile.

Morisca salió de su escondite pensando en Doña Leonor de Guzman, y toda la noche estuvo triste y pensativa; pero para disimular cantó su refran favorito.

Yo soy Morisca la loca,  
Y con todo me divierto;  
Siempre risueña mi boca,  
Tristes lágrimas no vierto;  
Pues quién llora  
Al lado de mi señora?

El conde de Molina se acercó á la loca, y la preguntó con mucha afabilidad:

—«No has servido á Doña Leonor de Guzman?

—Efectivamente, señor; la noble dama de quien me hablais fué mi madrina cuando me convertí á la religion católica, abjurando el mahometismo: desde entonces pertenezco á su servidumbre hasta que unos soldados me robaron una tarde, trayéndome á la corte. Su alteza la reina Doña Maria descubrió en mí algun talento, segun dicen, y me nombró su loca.

—Creo que la reina no encontrará con facilidad una jóven de tanto mérito como tú.

—Tambien á mí me parece que el rey mi señor no hallará mejor servidor que el conde de Molina.

—Pero la reina puede tener la desgracia de perderte.

—En todo caso, me atrevo á esperar que vos me precedereis, y que D. Pedro deplorará la pérdida de su digno confidente, antes que Doña María deplora la de su loca.

—He oído cantar á un célebre trovador que los que tienen mucho talento no viven largos años.

—Y yo he oído decir á un árabe que la ambición suele ahogar á los que la abrigan.»

Dicho esto, dió una voltereta, se acercó á su ama, y se sentó á sus pies, hasta que concluyó el baile.

Al día siguiente ya no estaba en palacio Morisca, y ninguno sabía su paradero.

## II.

Dos ginetes iban camino de Toledo, levantando una nube de polvo el continuado galope de sus bridones. El uno de los caballos, al parecer muy jóven, llevaba al brazo un broquel ligero y estrecho, y á la cintura un puñal y una daga, mientras el otro, vestido con una piel de jabalí, tenía por arma defensiva un broquel de madera cubierto de clavos y de pedazos de acero, y por arma ofensiva un gran palo con un guijarro cortante en la punta.

Era Morisca disfrazada de hombre, y que con un fiel criado se dirigía en busca de Doña Leonor de Guzman, para que, advertida del peligro que corría, se pusiese en salvo. Ya habían andado muchas leguas, cuando oyeron de pronto un ruido sordo, y á poco vieron dos ginetes que se iban acercando á rienda suelta: Morisca creyó que la perseguían, y metió espuelas á su bridon, haciendo otro tanto su criado; pero á poco ambos aflojaron, diciendo Guillermo:

—«Teneis miedo, señora?

—Ya te he dicho, respondió Morisca, que me llamo Renaldo, que soy un trovador, y por consecuencia tu amo.

—Es verdad, se me había olvidado.... Pero qué teméis de esos hombres? yo me encargo del uno, encargaos vos del otro, y ya vereis como van á contarla al infierno.

—Qué es lo que dices? preguntó Morisca con miedo.

—Digo que cuando uno es hombre como vos, y tiene daga y puñal, debe habérselas con cualquiera follon.

—Déjate de chanzas, Guillermo, respondió la jóven, y en aquel momento los alcanzaron los dos hombres á caballo, saludándolos y preguntándoles hacia donde caminaban.

—Yo me llamo Renaldo, contestó Morisca ahuecando la voz, y viajo por diversion y para instruirme, en compañía de este muchacho, que me sirve á las mil maravillas.... Y vosotros, mis buenos señores, á donde os dirigís?

—Nuestra caminata, respondió el uno, es muy larga: llevamos un despacho del conde de Molina al gobernador de Toledo.



Morisca perdió el color al oír estas palabras; pero á poco se serenó diciendo con voz melosa.

—De buena gana os acompañaría, mis buenos señores, si mis caballos pudieran ir al paso que lleváis.

—Caminaremos juntos, dijo el otro ginete, que parecia menos aficionado á los viajes de una tirada: así como así lo mismo es llegar dos dias antes que despues.»

Un rayo de alegría iluminó la frente de la doncella, y los cuatro prosiguieron la marcha, sin que tuviesen ninguna mala aventura. Cuando llegó la noche se alojaron en una posada, y luego que cenaron dijo al bardo uno de los correos:

—Quereis que juguemos una partida á los dados y que despachemos algunos jarros de vino?

—Gracias, camarada, dijo Morisca; estoy esta noche un poco indispuesto, y no puedo beber ni jugar.... Lo siento mucho.... con que buenas noches, que me voy á la cama.

—Trovador, sois tan delicado como una dama.

—Convengo en ello; soy de una constitucion enteramente femenina.»

El correo se puso á jugar con su compañero y algunos otros viandantes, y Morisca se retiró á su cuarto, no tardando mucho en dormirse como un pajarito.

Al dia siguiente continuaron la ruta, y así de los demás dias hasta que estuvieron á una jornada de Toledo. Alojados aquella noche en una venta, Morisca se encerró en su cuarto, donde trazó con la punta de su puñal algunas palabras sobre dos tablillas: despues llamó á Guillermo, y le dijo:

—«Cuántas leguas hay de aquí al castillo do habita Doña Leonor de Guzman?

—Seis: á buen galope se puede ir en cinco horas.

—De consiguiente saliendo ahora puedes estar de vuelta mañana temprano; magnífico! ponte en camino al momento, entrega estas tablillas, y vuelve sin detenerte en parte alguna.... Anda, mi buen Guillermo, que Dios te recompensará, y yo te querré mucho.»

El criado partió, y cuando Morisca se vió sola soltó una carcajada: luego se dijo á sí misma con la mayor sangre fria del mundo:

—«Voy á acabar por creer, como el conde de Molina, que tengo un gran talento. Lo que es el destino! yo, pobre niña sin padre ni madre, luchando con un poderoso, procurando burlar los proyectos de un conde ambicioso y de un rey cruel!.... Oh! Dios quiera que salga triunfante....»

Y se quedó dormida pensando en Doña Leonor de Guzman y en los dias que vivió á su lado.

Apenas habia salido el sol, cuando ya Guillermo estaba de

vuelta, y daba cuenta á la jóven de su mision. A poco los cuatro camaradas se pusieron en camino, y Morisca, sumamente alegre y chancera, hacia desternillar de risa á los dos correos con sus picarescas bromas.

—« Si no me engaño, murmuró uno de ellos, varios ginetes se encaminan hácia nosotros.

—Y vienen bien armados, dijo el otro.

—Qué teneis, valientes camaradas? exclamó Morisca riendo; vuestra fisonomía se oscurece como la tierra en los dias de eclipse. »

Los ginetes, que eran doce, se aproximaron, y despues de saludar á los cuatro viandantes, sacaron las espadas, intimidando á los dos correos que se rindiesen. Estos quisieron hacer resis-



tencia; pero los ginetes se echaron sobre ellos, y atándolos, aunque sin hacerles daño, se dirigió la cabalgata hácia el castillo donde moraba Doña Leonor, y cuyas torres se dibujaron á poco en un horizonte hermoso y azulado.

En la plataforma de una de las torres se distinguia una matrona vestida de púrpura, de formas graciosas y esbeltas y de





bellísimo rostro. Apenas divisó á los ginetes, montó á caballo saliendo á su encuentro; pero á la mitad del camino vió que un doncel se destacaba del grupo, precipitándose á galope hácia ella: cuando estuvo cerca echó pié á tierra, y doblando una rodilla, exclamó:

—« Noble señora!...

Doña Leonor bajó con presteza de su bridon, diciendo:

—Pobre niña! Ven á mis brazos.

Y las dos se abrazaron sin poder proferir una palabra. Doña Leonor lloraba de placer al estrechar contra su corazón á su Morisca, y esta sollozaba, diciendo:

—Es necesario partir, partir muy lejos, porque quieren quitarnos la vida.

—Qué es lo que dices? preguntó la de Guzman.

—Una mujer vengativa y un conde ambicioso han inducido al rey á que perpetre tan grave crimen.

—Dios mío!... Pero por qué habeis preso á estos dos hombres?

—Porque traian un mensaje para el gobernador de Toledo, encargado en ejecutar el abominable proyecto.

—Querida niña, dijo Doña Leonor abrazándola con efusion: con qué podré pagarte el servicio que me has hecho?

—Con vuestro cariño, señora, con vuestro cariño.... Pero por Dios huid pronto.»

Doña Leonor en efecto se puso en salvo; pero cuenta la crónica, que engañada á poco por las promesas de seguridad y muestras de estimación que tanto el rey como la reina Doña María dieron á la infortunada amiga de Alfonso Onceno, se trasladó á Sevilla. Presa de orden del rey, y conducida á Talavera, en Extremadura, D. Pedro la hizo dar muerte á persuasión de su madre, llamándose desde entonces aquella población, como para eternizar la memoria de este asesinato, Talavera de la Reina.

Morisca, á pesar de su carácter alegre, no pudo sobrevivir á la muerte de su bella y amable madrina, y falleció á poco en una aldea de la provincia de Granada, á donde se refugió para evitar la cólera del conde de Molina, el cual nunca olvidó lo que la loca le dijo en el real alcázar de Sevilla.

-T.

## EN QUÉ ESTRIBA LA FORTUNA.

No lejos de la ciudad de Santander se veia al principio de este siglo, en un pueblo de corto vecindario, una casa de modesta apariencia, muy blanca y bien amueblada, cuyo propietario era un honrado labrador.

Su hijo mayor le dijo un día: «padre, yo quisiera ir á Madrid, porque tengo ya diez y siete años, y estoy en edad de adquirirme por mí mismo la subsistencia. A mí no me gusta el campo; la cosecha de este año ha sido mala, y no quiero servir á V. de carga. Me permite V. que vaya á la corte?»

El corazón del bueno del labrador palpitó con violencia, y una lágrima que no pudo contener resbaló por su tostada mejilla.

— «¿Con que quieres dejarnos, Jacobo?» dijo el padre con voz tan conmovida, que el hijo bajó la cabeza sin responder, porque también sintió oprimirse su corazón.

«Pues bien! hijo mío, si es por tu bienestar, hablaremos con tu madre, y ya veremos. Mañana es domingo: vé á pedir á Dios que te ilumine acerca de tu resolución, que yo por mi parte le pediré que vele sobre mi hijo cuando yo no pueda hacerlo, y me dé suficiente valor para separarme de tí.»

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos del labrador, y cayeron en la frente del joven que se había precipitado en los brazos de su padre.

Algunos días después todo estaba arreglado para la marcha. La buena de la madre le dió unas cuantas monedas de cobre que tenía ahorradas; el padre le entregó una carta que un rico marchante le facilitó para un comerciante de la corte, y después de haberle bendecido los pobres ancianos, el joven, con los ojos bañados en lágrimas y el corazón oprimido, dejó la casa paterna, encaminándose hacia Madrid.

El viaje fué largo y penoso: el viajero andaba jornadas cortas, y caminaba vestido de chaqueta de paño burdo, con una gorra de pieles en la cabeza, y llevando al hombro en la punta de un palo el ligero envoltorio que componía todo su equipaje. Ya en Madrid, se alojó en una buhardilla donde vivían unos paisanos suyos, y después de un alimento frugal que le volvió las fuerzas, y una plegaria que reanimó su valor que habían trastornado las fatigas del camino y la vista de las tristes y ennegrecidas paredes de su alvergue, se quedó dormido pronunciando los nombres de sus queridos padres.

Al día siguiente, en vez de visitar las curiosidades de Madrid, se puso el vestido de los domingos, cogió la preciosa carta de recomendación, y se dirigió á casa del comerciante á quien iba dirigida.

Eran las once, un hermoso sol de abril vertía sus ya calurosos rayos sobre los tejados de los edificios, el cielo estaba azulado, una multitud de personas elegantemente apuestas circulaba por las calles, y los coches se cruzaban por todas partes. El hermoso cielo, el brillante sol, esa vida de animación y movimiento, todo llamaba la atención á Jacobo, le prestaba esperanzas, y endulzaba el amargo sentimiento de hallarse separado de su familia.



Llegado á casa del opulento comerciante, preguntó á un criado muy bien vestido si podría ver á su señor. El criado dirigió una mirada insolente al tímido jóven, y convencido sin duda de que un muchacho tan sencillamente vestido y de tan humilde lenguaje, no tendría que tratar graves asuntos con el comerciante, respondió que no.

— « ¿Cuándo podré verle? » preguntó Jacobo con su gorra en la mano.

— « Vuelve mañana, cuando quieras.

— Pero á qué hora?

— Si tienes que hablar á los del escritorio, puedes hacerlo á las once; pero si es al señor, ven entre tres y cuatro, que tal vez estará en casa. »

Jacobo le dió las gracias, y se volvió muy triste á su buhardilla.

El pobre chico se presentó muchas veces á la puerta del comerciante sin poder verle, porque siempre estaba en la calle ó muy ocupado. Algunas veces le hacían entrar, y cuando lleno de esperanza había ido á sentarse en un rincón del pasillo, después de esperar dos horas, un dependiente le decía que volviese al otro día, y Jacobo cada vez mas triste y desanimado, volvía á entrar en su celda, viendo con espanto que se disminuían sus recursos. Entonces se acordaba de su país y de su familia, desgarrando su corazón el aislamiento que le rodeaba, el cariño á los ausentes, y sus padres, á quienes quería escribir todos los días, y no lo hacía por no afligirlos con sus malas noticias. Muchas veces pensó en su pueblo y en el clima, donde se habían desarrollado los primeros años de su vida: entonces pensaba dejar á Madrid y volver á su provincia; pero Jacobo era un niño religioso y perseverante, había sido educado en el trabajo, era robusto, y se dijo con orgullo, que no porque el comerciante no le acogiera se moriría de hambre. Sin embargo, antes de pedir consejo á su valor, resolvió hacer una nueva tentativa, y Dios permitió que aquella vez no fuese en vano, pues le introdujeron al despacho del comerciante.

— « Sé que te has presentado muchas veces en mi casa, le dijo; pero grandes ocupaciones me han impedido recibirte: ¿qué es lo que se te ofrece? »

Jacobo sobrecogido por un acceso de timidez, no pronunció una palabra, y alargó al comerciante la carta de recomendación. Abrióla este, la leyó despacio, y el mancebo permaneció en pié con los ojos fijos en el rostro impasible del comerciante.

Sería imposible, queridos niños, deciros las aprensiones, los temores y las esperanzas de Jacobo durante los cinco minutos que duró la lectura. Pálido é inmóvil, apenas respiraba, y rezaba desde el fondo de su corazón para dominar su miedo.

Al fin el comerciante volvió á doblar la carta, dirigió á Jacobo una mirada de indiferencia que heló al mancebo, y le dijo con desden:

—« Uno de mis corresponsales te recomienda encarecidamente. »

La sangre comenzó á circular en las venas de Jacobo, que prestó oído.

—« Pero ahora no hay proporcion, prosiguió el comerciante, porque el personal de mi escritorio está completo.

—Oh, señor! cumpliría tan bien con mi obligacion! respondió el pobre chico; me contentaría con tan poco!... lo necesario para vivir; las privaciones no me asustarian, porque mi padre me ha acostumbrado al trabajo y la sobriedad.

—Veremos si mas tarde se presenta alguna ocasion.

—No puedo esperar, dijo Jacobo, porque soy pobre y necesito trabajar: doy á V. gracias por su buena acogida y las ofertas que me hace. Mientras no se realizan, voy á buscarme la subsistencia. »

Jacobo saludó con humildad al comerciante, y se dirigió hácia la puerta con la cabeza baja y los ojos húmedos. Al llegar á la extremidad de la sala vió un alfiler en la estera, y llevado de sus instintos de economía y de orden, lo recojió, lo puso sobre una mesa, y se encaminó de nuevo hácia la antesala.

El comerciante notó aquella accion, y adivinó que tenia delante uno de esos mancebos cuidadosos y vigilantes que se ocupan de los mas mínimos detalles, y para quienes todas las cosas tienen su valor: llamó á Jacobo, y le encargó que volviera á la mañana siguiente.

Jacobo no faltó, como era de esperar, á la cita, y el comerciante se informó de su familia, de la instruccion que habia recibido: interesóle la rectitud de su juicio y su despejo, y aquel dia quedó el mancebo colocado en el escritorio con 3000 rs. de salario. Esto era mas de lo que esperaba; dió las gracias á su principal con efusion de alma, y fué á encerrarse en su buhardilla, llorando todavia, pero de placer entonces, y escribió á su padre y á su madre, que la fortuna le sonreia, y que tenia abierto un risueño porvenir. « A VV. deberé mi bienestar, decia en el final de la carta; á VV. que han presentado á mi vista muy buenos ejemplos, y me han inspirado principios de trabajo y de economía, los cuales son para los niños de condicion modesta el único medio de crearse una carrera independiente, viviendo cómodamente y siendo útil á su familia.

Jacobo fué el mas exacto de todos los dependientes sus compañeros. Así es que adelantó rápidamente, siendo cajero, tenedor de libros, despues socio de la casa, y mas tarde uno de los capitalistas de la corte. Y todo por un afiler recogido á tiempo!